

---

# ENRIC BOU LECTURAS

## POLIFÓNICAS DE LOS EPISTOLARIOS DE JORGE GUILLÉN Y PEDRO SALINAS

Università Ca' Foscari di Venezia

### Resumen

En este artículo se caracteriza la voz epistolar de Jorge Guillén y Pedro Salinas, dos poetas fundamentales en la renovación de la literatura española entorno a 1927, y que fueron excelentes epistológrafos. Se analizan algunos de los paralelismos y diferencias que podemos detectar entre sus epistolarios, en particular de las cartas que Guillén dirigió a su mujer Germaine Cahen y en el epistolario de Pedro Salinas en general. La escritura, epistolar, en prosa, poética, se suma a un proyecto mayor, literario y vital, que nos ayuda a conocer aspectos recónditos de estos dos escritores. Salinas expresa un "perfecto *siempre*", mientras que Guillén se acerca a un "auténtico temblor humano".

palabras clave: autobiografía, epistolaridad, poesía 1927, edad de plata, amistad Jorge Guillén/Pedro Salinas

### Abstract

*This article addresses Jorge Guillén and Pedro Salinas' epistolary voice, two fundamental poets in the renewal of Spanish literature around 1927. Both excelled in their letter writing activity. The article discusses some of the similarities and differences we can detect in their correspondence, especially in the letters Guillén sent to his wife, Germaine Cahen, and the letters of Pedro Salinas in general. Letter writing, together with prose and poetry, is a significant part of Guillén and Salinas' literary and vital projects, and it helps us better know hidden aspects of their writing. Salinas expresses a "perfect forever", while Guillén is close to a "real human tremor".*

*keywords: autobiography, epistolarity, 1927 poetry, silver age, friendship Jorge Guillén/Pedro Salinas*

La amistad entre Jorge Guillén y Pedro Salinas es un episodio mítico en la historia de las letras españolas de la llamada Edad de Plata. Estuvieron unidos por una amistad fraternal desde muy temprano. A diferencia de otros escritores del llamado “grupo del 27”, pasaron muy rápido del usted al tuteo. Y los azares de la vida marcaron unos paralelismos que parecen dictados por una rígida programación: Guillén sucedió a Salinas en La Sorbona, ganó la cátedra de Murcia (1925) mientras Salinas, que no llegó a tomar posesión, pasaba a Sevilla; en 1927 Salinas se traslada a Madrid y entre 1929-1931 Guillén enseña en Oxford; en agosto de 1936 Salinas llega a Wellesley College como *Visiting Professor* y empieza un largo exilio. Guillén le sigue en 1938, y en 1939 es profesor en McGill University (Montreal, Canadá); cuando en 1940 Salinas es contratado por Johns Hopkins (Baltimore), Guillén le sucede en Wellesley. Pero dejando de lado las coincidencias, la intensidad de una amistad, la fidelidad a la escritura y a mantener el contacto con el amigo, provoca un epistolario de gran riqueza, nutrido por un admirable dominio del género epistolar. Educados ambos en una retórica decimonónica, las cartas tienen a menudo una entidad metaepistolar en la que los dos correspondientes se divierten jugando con las condiciones del género. Guillén empieza una carta de 19 de febrero de 1940 con un claro juego:

Mi querido Pedro: Estas líneas no van a formar una carta didascálica, ni deliberativa, ni demostrativa, ni judicial. No será gratulatoria, laudatoria, reprensoria ni ¡ay! – nuncupatoria. ¿Carta “familiar”? El término es demasiado vago. A causa de su brevedad, ¿“billete”, “esquela”? ¿Diré “misiva”? ¿Me atreveré a emplear “epístola”? No hay laberinto como el de la clasificación (Salinas 1992: 13).

Una segunda característica es de raigambre estética y tiene que ver con el “rigor formal sostenido” (1992: 14) que caracteriza la literatura de ambos. Son ambos escritores de estirpe juanramoniana, muy atentos a la presentación final de sus textos. Ello se evidencia en los libros de poemas, en el cuidado en los textos ensayísticos en prosa. También fueron defensores de una intimidad que se traduce en una mesura en la expresión de la misma, cubierta siempre por un velo que disimula la vehemencia y que no está reñida con la intensidad. Los dos amigos se piropearon. Pedro Salinas, que tenía unas considerables dotes de observación, fue durante toda su vida un gran curioso. Así lo definió su amigo Jorge Guillén: “Salinas, que conocía muy bien las alturas supremas, era un incesante Colón de Indias anónimas, de esos aciertos que la vida no catalogada propone al desgaire en este o el otro minuto” (Guillén 1976: 31). En efecto, frente a la uniformidad, sentía una genuina atracción por la diversidad, de ahí que la curiosidad fuera un

motor importante de sus actividades. Integró en su vida el riesgo asociado a la curiosidad –casi– impertinente, frente a la seguridad –lo cómodo– de lo ya conocido. En una carta a Katherine Whitmore Salinas escribe acerca de Guillén con términos encomiásticos:

Bueno, bonita, te hablo tanto de Jorge porque su visita ha sido muy importante para mí. Ha reforzado mi fe en la amistad y los sentimientos delicados, como único terreno para poder caminar por este mundo tan hermoso y fascinador, a pesar de toda la ignominia que arrojen sobre él los políticos. Sí, Katherine, creamos en la vida, y acerquémonos mucho los que sentimos lo mismo, porque nos necesitamos más que nunca. Tú, a más de ser la criatura amada de mi alma, eres de los *nuestros*, de los que somos Jorge y yo [Wellesley] Sábado [17 de septiembre de 1938] (2002: 318).

En otra ocasión y dirigiéndose a la misma corresponsal amplía la opinión:

Me asombra su capacidad de defensa contra la preocupación y el dolor. Tiene a su mujer y a sus hijos en Francia, pasa su país por estos días trágicos, pero él, por una especie de instinto natural, *rechaza* todo lo que pueda ensombrecer su vida, lo evita, casi lo *torea*, diría yo. Es como una especie de frivolidad con signo inverso. ¿Comprendes lo que quiero decir? Por fuera se parece al egoísmo del frívolo, que no quiere dejarse perturbar por nada y se niega a sufrir por el mezquino motivo de reservarse todo para sí, para su placer. Pero en Jorge, es algo que a mí me parece (y perdóname *to put it like this*) goethiano. No se niega a sufrir por egoísmo menudo, personal, individual, sino por defender un mundo que él es capaz de crear, y en parte ha creado ya, donde todo es luz, orden y belleza, donde las sombras no deben tener entrada. Es muy curioso. Yo le observo a ratos, con verdadero interés psicológico, como un ser raro. Me recuerda a Bécquer. Y yo me siento, a su lado, tristemente humano, *demasiado humano*, demasiado entregado al sufrir, a la preocupación, a la tragedia. Da gusto, me lo da a mí, sentirle distinto y *superior*. ¡Cuánto refresca el alma, Katherine, sentir un ser humano superior a nuestro lado! Quizá nadie es superior ni inferior a otro de modo absoluto, sino a ratos solo: unos ratos somos superiores, otros inferiores, y viceversa. Pero a mí me aclara el alma encontrarme con alguien y sentir que es superior a mí, *naturalmente*. Y con la única superioridad que no humilla ni desanima: no la superioridad del poder, ni la fuerza, ni la brillantez, todas bajas y feas; sino la superioridad del espíritu entregado a la tarea de crear, y seguro de su camino. Este hombre, que parece a ratos egoísta, distraído, inhumano, es una fuerza vital disparada hacia su meta: la poesía perfecta y sin sombra. Y pasa por la vida sin dejarse prender ni detener por lo que a los demás nos agarra [Wellesley] Domingo [26 de febrero de 1939] (2002: 340-341).

Pero aquí no quiero referirme solamente al epistolario Guillén-Salinas, que responde a una obvia razón de amistad, sino a los paralelismos y diferencias que podemos detectar entre sus epistolarios, en particular las cartas que Guillén dirigió a su mujer Germaine Cahen y las de Pedro Salinas en general. Ambos corresponsales cumplieron con algunas de las condiciones que definiera Janet Gurkin Altman en su estudio *Epistolarity*:

To write a letter is to map one's coordinates –temporal, spatial, emotional, intellectual– in order to tell someone else where is located at a particular time and how far one has travelled since the last writing. Reference points on that map are particular to the shared world of writer and addressee: underlying the epistolary dialogue are common memories and often common experiences that take place between the letters (Altman 1982: 113).

En efecto, la carta es un asunto entre dos personas, lectores privados, y para ellos la carta tiene una finalidad muy clara: a través del diálogo epistolar se establece el “mapa” personal e intelectual, y el progreso entre la comunicación anterior y la presente. Es, para el gusto de los pragmatistas, un texto que corresponde a una situación comunicativa cambiante, en la cual domina el diálogo construido a partir de formas de monólogo, y que exige una determinada actitud por parte de quien lo escribe y lo lee, por lo menos en una primera lectura. Es una situación ciertamente especial. Claudio Guillén ha presentado la carta como un diálogo a medias: una parte de la conversación con un amigo ausente (1986: 77).

Las cartas de Guillén y Salinas son, además, verdaderos tratados de epistolaridad. El territorio en el que habita la relación epistolar, como bien explicó el propio Salinas en su famosa “Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar”, se rige por dos tipos de condiciones: la presencia casi sagrada de la intimidad –“la virtud y originalidad de la correspondencia epistolar surten de lo espontáneo del ser, de su pura intimidad” (Salinas 2007a: 907); y, en segundo lugar, la dedicación, “completa”, de un tiempo considerable de nuestras vidas. Lo resumió de manera convincente en el artículo “La mejor carta de amores de la literatura española”, en el cual confirma estos términos:

En otro lugar he aludido a dos circunstancias que requiere para su perfecta realización la correspondencia epistolar: una es el recatado aislamiento, el retiro a la propia intimidad, hurtándose a los ojos. “Apartándose...” Otra es el tiempo, el sentirse libre de premura, escribir a espacio: “mucho sosiego”. Por aquí se muestra el caballero versado en todas las delicadezas del género, señor, también en epistolografía (2007a: 1159).

Hace años Francisco J. Díaz de Castro acuñó una expresión feliz para referirse a la creciente colección de epistolarios de un grupo de escritores representantes de la –en su momento– “Joven Literatura”, que se publicaron a lo largo de los años noventa. Esta imponente colección constituía a su juicio la “autobiografía del 27”. La misma se ha ido ampliando gracias en buena parte a los buenos oficios del “Proyecto Epístol@” impulsado por José García Velasco desde la Residencia de Estudiantes, dirigido por José-Carlos Mainer. La colección alcanza ya la categoría de mamotreto en dos de sus acepciones: “libro o legajo muy abultado”, y “libro o cuaderno en que se apuntan las cosas que se han de tener presentes, para ordenarlas después”. Pronto algún joven estudioso tendrá que cuidar de una antología generosa de esos epistolarios. Sería un proyecto semejante al que se hizo con la correspondencia de Marcel Proust. Los 21 volúmenes de la edición de Philip Kolb se redujeron a un magnífico único volumen antológico al cuidado de Françoise Leriche, que reúne incluso cartas inéditas. La edición de un libro antológico de la correspondencia de este grupo de escritores (y no solo los poetas, como quería Claudio Guillén) de la “Joven Literatura” y aledaños debería incluir un buen número de las cartas de Jorge Guillén a su mujer Germaine Cahen, la colección parcial de las cuales nos llegó hace pocos años en edición espléndida de Margarita Ramírez<sup>1</sup>.

El componente esencial de este último libro es la crónica de una intensa relación amorosa. Contiene también la memoria privada (atenta a los detalles más remotos de la vida cotidiana) de un momento particularmente feliz de las letras españolas, en torno a 1927 y el nacimiento de la “Joven Literatura”. Apunta momentos de confesión íntima en los que se adivina el yo del poeta, ciudadano, hombre de familia, Jorge Guillén. Como muestra no literaria de un escritor mayor de las letras españolas el epistolario es de una claridad cristalina. El lector acostumbrado a otras muestras de la prosa guilleniana, como el potente epistolario intercambiado con el gran amigo Pedro Salinas, o los magníficos textos ensayísticos, reconocerá en las cartas a Germaine Cahen aquella prosa acerada, por momentos tendente a la expresión telegráfica, el adjetivo acertado, la visión precisa a la que nos tiene acostumbrados. Poco amigo de los excesos y rodeos, como en su poesía, el único momento en que vemos a un Jorge Guillén algo desmelenado es en las primeras cartas de amor, las que corresponden al período del noviazgo.

Este epistolario es de una gran riqueza. Y es así porque contiene más de un epistolario. Se distinguen, por lo menos, tres núcleos de interés, que comprenden amor, literatura y vida íntima, engarzados en serie indeleble en este arco temporal de 16 años que abarca el período seleccionado: 1919-1935. Un centro de interés, y

<sup>1</sup> Indico entre paréntesis las referencias a páginas de esa edición: *Cartas a Germaine (1919-1935)*.

el de mayor calado, es el amoroso. Pasamos del noviazgo en ansia, al matrimonio, a la llegada de los hijos, Teresa y Claudio, hasta la normalidad en la monotonía, a pesar de los períodos de separación, por razones de salud de Germaine Cahen o de destinos universitarios del poeta Guillén. En el mismo, el poeta nos da definiciones del puro sentimiento amoroso idealizado y traducido a términos mallarmeanos: “Vivre avec une femme en lui donnant toute sa vie, n’est-ce pas le poème le plus secret, le plus rare, le plus mallarméen, celui qui ne peut être jamais compris par le public?” (69). Definiciones que nos acercan a su misma concepción de la poesía. Otras afirmaciones nos ratifican en su creencia en una obra y destino en la que poesía y amor significan una unidad indivisible. A su mujer se sentía ligado por un Destino (347), a pesar de que se inquieta por la fortuna de los matrimonios mixtos (ella judía, él católico) (327). En el nerviosismo de los preparativos de la boda, lidiando con dos países, y culturas, tiene la certeza de que está emprendiendo el viaje más hondo, “point de départ du voyage dont la durée sera, j’espère, celle de ma vie” (386). La conciencia de un destino unido al de Germaine le provoca una comparación original, al equiparlo con el placer del agua en el baño matutino (83-4). Pero su relación no es sólo estrictamente sentimental. El componente intelectual tiene un peso decisivo, como denotan muchas cartas. Es un continuo diario de lecturas. Y de apreciaciones de las mismas. Diálogo intelectual al hilo de lecturas, de gustos comunes que se van desarrollando, opiniones encontradas: “volupté du livre aimé ensemble” (301). O desarrolla reflexiones sobre cómo leer: “no hay mejores lecturas que las desordenadas. Tengo alrededor un Scheler, el alemán, un Nietzsche, un Miró, un P. Hazard sobre Cervantes, –en estilo *niais*–, *Ana Karenina* –para acercarme a ti– un Chénier” (990).

Cuando viven en la distancia empieza siempre el día escribiéndole. Si la carta de ella falta, le provoca la desesperación (272). Y no acepta la incomodidad de la distancia: “Chérie, chérie ¡qué fastidio, siempre no vivir juntos!” (511). El propio gesto de escritura epistolar le brinda comentarios metaepistolares ligados al amor: “Une correspondance n’est pas le reflet changeant *ondoyant* de chaque jour...?” (112). Por esto ella es considerada “*chère notaire de ma vie*” (121) o “interceptrice” [intercesora] de su vida (106). Atiende con frecuencia al aspecto material de la correspondencia. El día 28 de junio de 1921 le cuenta en pormenor cómo le escribe: la cuartilla, la luz, la separación del mundo, el estado de fecundidad (228). O define en ocasiones el modelo de carta: “Chérie: Esto no es carta. Es telegrama largo y lento” (490). Guillén comparte con Nietzsche la idea de que el matrimonio es una larga conversación (293). Y tiene del mismo un sentido de la unidad (219). La fidelidad es un *leit-motiv* alegre de las cartas (76). Por ello hay un continuo reflexionar sobre su propio estado de hombre

enamorado y la continuación del compromiso: “Je sais que chaque fois c’est mon 14 mars 1920, et que je suis incessamment reconquis, repris” (443). No es faldero como otros de sus colegas, pues se siente intensamente monógamo. Leyendo un libro de Maurois sobre Lord Byron, en un pasaje en el que éste duda de que Petrarca le hubiera escrito sonetos a Laura toda su vida de haberse casado con ella, Guillén opina: “Yo no soy Petrarca, y no me he casado con Laura. *Toutes proportions gardées*, mi armonía es mayor –porque afronta la realidad y el tiempo” (1051). Así no se cansa de recordar las etapas de una mitología amorosa personal: Trégastel (sólo de oír ese nombre se enternece, 197), Chartres, Provins, Auteil. Son topónimos de un recorrido secreto cuya mera enunciación llena de gozo al poeta, metonimias de un sentimiento, que se corresponden a la datación de su poema máximo, *Cántico*. En las cuitas de buscar un título, ya desde muy pronto, tiene el deseo (o la conciencia) de estar escribiendo una obra de carácter unitario: “Le secret invulnérable: voilà un autre titre pour toute une oeuvre lyrique, donc pour un amour réel” (108). Amor y vida se unen.

Es este un epistolario amoroso de altísima calidad. Porque, ¿cuál es el sueño de cualquier relación amorosa sino el de alcanzar una comunión en un doble plano, físico e intelectual, con la persona amada? Jorge Guillén y Germaine Cahen lo consiguen. Cuando llegamos al final del recorrido parcial de sus vidas, se confirma la solidez de la elección: “¡Mujer perfecta! Aniversario de los 11 años de matrimonio: en mejor estado que nunca” (1100).

Un segundo núcleo de interés del epistolario es el que atiende a la vida literaria. Este nos proporciona momentos sublimes. Vemos a la llamada generación del 27 en gestación y en la intimidad más fresca. Desde el tren que les lleva a Sevilla al homenaje gongorino le escribe con un frescor en el que se nota la fuerza de la amistad y la poesía rebosante, retablo a prueba de la “terroría” de la literatura (incluida la desconstrucción, como decía Claudio Guillén) más atrevida: “Vamos, pues: Bergamín, Gerardo (con su boina), Federico –¡por fin, después de mil negativas y coqueterías!–, Alberti, tranquilo, Dámaso, el más adecuado al exceso de la juerga colectiva (la borrachera es segura), Chabás (dormido ahora, nosotros estamos en el vagón restaurant, donde vamos a tomar el té), y yo, el único *casi respectable* –el único casado–. Estoy escribiéndote delante de todos, cínicamente. Risa, y más risa, anécdotas, tonterías, alegría y no ficticia, y versos” (668). Difícil decir más en tan pocas líneas acerca de la temperatura humana, el jugueteo brillante de aquel momento mitificado hasta el exceso en la historia literaria española. Seguimos desde cerca las dificultades para encontrar un título satisfactorio para el primer libro. Y ya bautizado, nos cuenta la impresión pliego a pliego del primer *Cántico*: “me descubro –y podía preverse– un gran temperamento para un nuevo

vicio; una nueva pasión: la impresión de libros” (758). Así como la escritura de algunos poemas. Por ejemplo, el romance “Ardor”, convertido poco después en “Luz del ardor”, hasta quemar el borrador. O el plan definitivo de ordenación de *Cántico* (1248).

El tercer núcleo corresponde al diario de la vida cotidiana, con los grandes altibajos de la misma. Destaca el impacto en su sensibilidad de las ciudades en las que fija su residencia: Murcia, el mundo de las almas de Oxford, la instalación en Sevilla, fruto de sus diversas situaciones como profesor universitario; también las dificultades económicas, o la escritura. Murcia le parece una ciudad de provincia (“y de provincia media”, 541), que le recuerda a Palma. Poco a poco cambia de opinión y se siente ahogado. Aunque se aprovecha de la tranquilidad para escribir: “La primera vez que tengo tiempo ancho ante mí” (545). La reacción ante un medio inhóspito, en el que se considera un extraño, a pesar de la presencia benéfica de Juan Guerrero, el rechazo de lo que llama la urbanización afro-ibérica (550), le empuja a refugiarse en la escritura: “desembarazarme de trabas y dejarme el día limpio —y raso para la poesía—” (552). O se queja del clima: “¡Qué calor! ¿Ser o estar? Estar, estar, eso es el verano” (599). En Oxford se horroriza del clima, de las comidas. Y en especial de la frialdad anglosajona. Se escandaliza del tipo de relación que mantiene el matrimonio inglés en casa del cual se hospeda, lo cual le hace reivindicar su meridionalismo: “Nuestra vida es una mezcla terrible de sensualidad, de sentimentalismo, de toda suerte de mimos y patetismos” (836).

El carácter metaliterario (metapoético y en referencia al propio epistolario) es, sin duda, una de las grandes novedades que aportan estas cartas. Guillén nos cuenta desde dentro, en confesión, sus pasiones literarias, sus dudas, los sueños. Hasta atisbamos un ideal de vida casi monástica, entregado totalmente a la poesía. En muchos momentos confiesa un ideal vital, de necesidad de consagrarse a una obra poética: “¿Cuándo, cuándo llegará el día en que podré hacer sin reservas mi santa voluntad? ¿Cuándo me entregaré sin reservas al día de mi perdición y de mi ruina? Éste es, chérie, el grito, el pobre y lamentable grito de mi corazón y la única causa íntima de nuestros posibles celos y rozamientos conyugales: la fobia, la verdadera fobia rabiosa, con amagos de desesperación y de locura, que le tengo al ‘debes hacer’ o ‘no debes hacer’...” (907). Reconoce sus limitaciones para la vida práctica en una graciosa autodefinición: “No encuentras absurdo, verdad, casarte con un sagaz sorboniacucho, literatillo desconocido y principiante, sin un céntimo, extranjero, doblemente extranjero, con un inevitable atavismo español, insociable, individualista, tal vez celoso, nada comunista, receloso, orgulloso, nervioso, etc., etc., y para colmo, fuera de mercado, peatón perpetuo, y con la certeza de hacer a pie la carrera de la vida” (448).



El mundo de las cartas, dominado por el amor y la ausencia, la familia, los amigos escritores, la poesía y la universidad, se ve interrumpido de vez en cuando por una apertura material, hacia el vil metal. No le alcanzan los sueldos. A veces se confunde dinero y poesía en unión casi cómica. En una ocasión cuenta que acaba de recibir la *Antología* de Gerardo Diego y que le prepara un estado de las cuentas en Inglaterra: “Después de cenar, y entre sorbo y sorbo de antología, *hicimos*, fabricamos la carta al banco de Oxford”. El saldo favorable de 6 libras revierte inmediatamente en la escritura: “hay que llegar a esta conclusión (que tímidamente aventuro): ¡que tenemos seis libras más! (Por Dios, no hagas locuras! Yo no aspiro más que a una estilográfica...)” (963). Las penurias económicas le colocan en situación desesperada, y juega incluso a la lotería para poder pagarse un pasaje a París.

En la correspondencia Guillén distingue entre la “historia externa” y la “historia íntima”. También distingue entre lo “íntimo” y lo “exterior”. Un signo de su vida. Y de su obra. Asoma la vida pública, vista desde la sensibilidad de un gran poeta. Aunque a veces se producen invasiones e interferencias entre lo público y lo privado. En una comunicación burocrática con el rector de la Universidad de Sevilla, al enviar unos documentos para el cobro de una nómina, añade lo que él mismo percibe como una *nota poética*: un día de sol en el otoño oxoniense se convierte en “esa última tranquilidad dorada...” (510). Atacado por la prosa de la vida se defiende como puede. España le parece el “país de las Inseguridades” (937), e insufrible por el superfluo ruido (279); se manifiesta antimilitar en reacción al desastre de Annual (291); se queja del demonio español de la precipitación, que es compadre del demonio del retraso (316). La universidad es “nuestra terrible interinidad” (791). Hay momentos en que prosa y poesía se mezclan en frases que evocan temas coincidentes. Está en Murcia y escribe: “Es curioso: me duermo todavía ¡octubre! En ese beato sillón del despacho que tengo a mi izquierda” (722). O trabajando como traductor en Ginebra, en la Sociedad de Naciones, rechaza la prosa hueca de los políticos de turno: “Je suis corrompu par les lieux communs et par cette prose politique, que je rédige si mal” (173).

Sorprende el carácter de escritor español que era –casi– perfectamente bilingüe. El epistolario produce una gran impresión desde esta perspectiva. Casi un tercio de las cartas están escritas en francés. En un francés de gran plasticidad, que le permite estar atento a, y expresar, los vaivenes y temperaturas de una relación amorosa, de una actualidad literaria. Con el matrimonio se produce el cambio de lengua, de estilo, de tono. De la pasión post-adolescente que tiene su mayor expresión en el dolor de la ausencia, de los días que faltan para volver a verse, para culminar la unión, se llega a la crónica del día a día, en un listado telegráfico, de

adjetivos precisos y a veces letales, del devenir de una jornada: “Compañía agradable, gustosa, la comida infame” (793). Humor e ironía, consideraciones estéticas y literarias, se mezclan en la expresión de esta sintonía envidiable con Germaine y expresan la complicidad en una visión del mundo: “Soy dos veces proletario: con prole burguesa y sin un céntimo...” (1016); o al introducir un pastiche de Ronsard: “Quand je serais bien vieux, le soir dans un café...” (772). Al confesarle que le es grata la apreciación de su poesía por parte de un crítico nos da una idea de cómo se percibe a sí mismo: “il parle de mon ‘auténtico temblor humano’ ¡Eso quiero yo!” (702). Estamos en el terreno del diario íntimo, el texto dirigido a alguien, en su concepción a un solo lector privilegiado. Pero en cuanto necesita una expansión, siente la necesidad de comunicar algo de su amor por ella, regresa inmediatamente al francés, la lengua profunda, verdadera, el idiolecto de la relación entre ambos. En momentos de intensidad efusiva no se puede contener y escribe alternado varias veces el francés y el español en una misma frase: “Lo que me ha *gustado* –*flatté*– especialmente es tu comparación con Flaubert –y no por categoría literaria– sino por relación de intensidades amorosas. ¡Bien! *Après dix ans!* Veremos, *nous verrons ça, Madame, d’aujourd’hui en huit, jeudi prochain – et l’autre semaine, et le mois d’après. Et many years – ¿verdad? Mezclamos... (Mezclamos lenguajes)*” (896).

En el panorama humano destaca la expresión de inmenso afecto hacia Pedro Salinas (733), cuya sola presencia le cambia el humor: “está aquí Salinas. Exquisito, adorable, como siempre, con esa absoluta seguridad del perfecto *siempre*” (988). Salinas es lo extrovertido, la importancia de lo público y exterior, perfecto complemento para el más taciturno Guillén. Se encuentran en Madrid y Salinas le hace abrir los ojos:

Y alrededor, Madrid, delicioso. ¡Con qué gusto se descubre, se vuelve a descubrir cada vez, a la vuelta del campo, la gran ciudad! Primera diferencia, diferencia capital: las mujeres. Lo que más separa un pueblo, una provincia, de una gran ciudad es el producto femenino; producto verdaderamente urbano. Salinas me decía: –¿Has visto cuántas mujeres guapas hemos visto en poco tiempo? Muchas, en efecto. Pero sobre todo, lo notable es la calidad. La seducción la elegancia, la irradiación sensual incorporada a la elegancia, y multiplicada por ella, en el sentido de la naturaleza, están sólo aquí, sobre la piedra y el asfalto. [...] La ninfa, Diana, la náyade, toda la mitología femenina habita en las ciudades (729).

Guillén le cuenta a Germaine sus sospechas y algunas confidencias acerca de una posible relación extramatrimonial del amigo: “Y Salinas. Sí, Salinas. Se trata, creo,

de una pasión. Nada menos” (1072). Notamos como es un epistolario marcado por el tiempo. Este detalle afecta a los nombres de algunos protagonistas, Katherine Whitmore se llamaba todavía con el nombre de soltera, “Ms. Reding”. El epistolario aporta más datos sobre el origen y crecimiento de la relación entre Pedro Salinas y Katherine Whitmore. También sobre el calendario del conocimiento de la misma por parte de Guillén. Su actitud es de una gran discreción, pero no por ello está poco informado (ver cartas 579, 600, 630)<sup>2</sup>. La calidad de la amistad no le impide ver los límites de la inocencia y opinar con severidad. Cuando el niño Jaime Salinas interrumpe los coloquios de Guillén y su padre no tiene escrúpulos en concluir con una reflexión de vida práctica: “¡Qué lección! Hay que administrar el encanto de los hijos para los demás” (775).

La interrelación Guillén-Salinas tiene un episodio importante en la insistencia que manifestó Jorge Guillén para convencer a Katherine Whitmore de salvar las cartas que en su momento de intensa relación amorosa le envió Pedro Salinas y donar el legado a la biblioteca Houghton de Harvard University, donde se conserva la mayor parte de los manuscritos salinianos. La colección pasó por una serie de vicisitudes antes de llegar a ese lugar. La primera y más importante, las propias reservas de la señora Whitmore. En una carta a Jorge Guillén, de 16 de septiembre de 1962, le confesaba que no quería saber nada de España:

The reasons for these complex emotions are legion, but the most important is that Pedro's poetry and our life together do not correspond. As I once wrote to you, my complete coming of age did not occur until after his death and has been a sorrowful thing, for I have grown up. The poetry suggests his dissatisfactions and disappointments while I remember only the reality of that amor en vilo, and how deeply we loved each other. I do not want to be known. And then besides, I hate to have young eyes gaze upon me and say with Campoamor, “Santo Dios, ésta es aquélla”. That is not vanity for myself but for Pedro. And so I keep silent, withdrawn<sup>3</sup> (19).

2 Las cartas 578, 579 y 581 presentan un interrogante para este lector. Por experiencia sé de las dificultades de lidiar con tantos manuscritos, con frecuencia desordenados o no datados. Las cartas podrían no ser de julio de 1932, y esto significaría que Salinas escribió *La voz a ti debida* antes de conocer a Katherine Whitmore. Pero también es cierto lo que se afirma en la carta 578: el 10 de julio de 1932 debuta “La Barraca” en Burgo de Osma (983), y en la misma carta Guillén cita *La voz a ti debida* con su título (982). ¿Es doble *La voz a ti debida*? ¿Se trata de un grupo de poemas pre Katherine Whitmore que se llamó así? Lo he consultado con Montserrat Escartín y Andrés Soria Olmedo y ambos están sorprendidos. Interesante misterio el que abre este epistolario.

3 Las cartas inéditas que cito se encuentran en el archivo de Pedro Salinas en la Houghton Library de Harvard University bajo la signatura bMS Span100. bMS Span 100.7.

Esta carta nos da una pista importante: el epistolario amoroso se ha conservado gracias, en buena parte, a los esfuerzos de Jorge Guillén. En efecto, por poco que naveguemos por la colección de Harvard, nos daremos cuenta de que Guillén dejó preparados una serie de documentos (en su mayoría escritos en Wellesley el 22 de agosto de 1956) en los que, como producto de sus pesquisas, establece una cronología de la relación de Whitmore con Salinas y da unas mínimas pistas sobre la identidad de la corresponsal. Katherine Prue Reding había nacido en Kansas, en 1897. Se especializó en lengua y literatura española en la Universidad de Kansas y en Berkeley. Más tarde enseñó en Richmond, Virginia, y desde 1930, en Smith College, en Northampton, Massachusetts. Pasó el verano de 1932 en Madrid, donde conoció a Pedro Salinas; se inició entonces una apasionada relación amorosa que dio como fruto algunos de los más bellos poemas de amor escritos en español. Aquel verano se encontraron brevemente en Alicante, donde visitaron el peñón de Ifach (experiencia recogida en “¡Qué día sin pecado!”, el poema 18 de *La voz a ti debida*) y en Barcelona. En septiembre de ese año, cuando Katherine Reding regresó a Northampton para reincorporarse a Smith College, la relación prosiguió de forma epistolar. Las cartas tienen una frecuencia casi diaria hasta 1934. Ella estuvo durante el curso académico 1934-1935 en Madrid, período en que la mujer de Salinas descubrió la relación e intentó suicidarse. Katherine Reding, al darse cuenta del daño que estaba causando a otros, intentó poner fin a la relación con Salinas, pero la guerra civil y el exilio del poeta en Estados Unidos en 1936 lo dificultaron. Pasó el curso 1937-1938 en México, como directora del programa de estudios extranjeros de Smith College, programa que se había desarrollado antes en España pero que, con el estallido de la guerra civil, fue trasladado a México. A poco de regresar a Estados Unidos, en 1939, decidió casarse con Brewer Whitmore, profesor de Smith College. Así lo hizo el 23 de marzo de aquel año, y fue éste el apellido que adoptó y con el que se la conoce en ámbitos literarios y académicos. Mantuvo todavía algún contacto fugaz con Salinas, como lo prueban el epistolario y los poemas de *Largo lamento*, pero la relación había terminado mucho antes. Se vieron por última vez en la primavera de 1951, pocos meses antes de la muerte de Salinas, acaecida el 4 de diciembre de 1951. Katherine Whitmore murió en 1982.

Las cartas de Katherine Whitmore a Guillén conservadas son tan solo cuatro (16 de septiembre de 1962, 19 de abril de 1971, 28 de noviembre de 1976, 2 de enero de 1979), y documentan cómo Guillén logró modificar la opinión de Katherine Whitmore. En la última a Guillén conservada, Katherine todavía expresaba sus dudas sobre la decisión de enviar y donar los manuscritos a la biblio-

teca: “The manuscripts are ready to go now, but Jorge, it is very hard for me to leave such passionate letters for some scholar to pore over and write about. [...] You know that I have always guarded them jealously, even from you. Isn't it an invasion of privacy? It is a decision I shall have to make, but it is difficult”.

Los epistolarios de Guillén y de Salinas se entretajan en el tiempo, ya muerto Salinas, en esta intervención decisiva, signo de la amistad, pero también de conciencia de la posible calidad literaria de las cartas. Guillén era un experto conocedor de la materia porque se cartearon a lo largo de treinta años. Pedro Salinas fue un escritor de cartas compulsivo. Lo que se ha publicado hasta el momento es sólo la punta del iceberg de un extenso epistolario. La correspondencia amorosa ocupa en el mismo un destacado lugar, pero hay muchos otros tipos de carta. Estos se corresponden con exactitud con los tipos ciceronianos: “unum familiare et iocosum, alterum severum et grave” (Guillén, Claudio 1986: 75-76). Parafraseando a Salinas podríamos preguntarnos por el tema y los temas de su epistolario. Algunos son muy obvios: son los temas de *El defensor* (1947), es decir el estado de la lectura, de la enseñanza en los EEUU, del mundo editorial en español con el que, desde su distancia de Wellesley o Baltimore, mantenía frecuentes y activas relaciones, en México o en Buenos Aires. También la preocupación por la lengua y el lenguaje, y aquella como reducción simbólica de su situación de exiliado, de hombre trasterrado y falto de aliento. La capacidad creadora de las minorías literarias. Incluso la propia escritura epistolar. Salinas reflexionó sobre la epistolaridad. En un conocido ensayo y en muchas de sus cartas en las que abundan los comentarios metaepistolares. En una carta inédita de 1936 dirigida a su mujer se queja de la lentitud del correo y sueña con una velocidad distinta para cada carta, dentro de la misma saca, según la necesidad de comunicación de quien la envía: “Ya las cartas por avión han creado como una aristocracia del correo. Y otra semi-aristocracia son las cartas urgentes. Pero de todos modos, sigue siendo terrible esa servidumbre a ‘la Administración’ de lo más personal”<sup>4</sup>. En otra misiva, dirigida a la misma destinataria, de 21 de junio de 1939, se rebela ante su sugerencia de que ella guardará las cartas para uso “literario” posterior: “que sean lo más parecido a la conversación, en lo desinteresado y directo [...]. Margarita, ninguna de las palabras escritas valdrá jamás lo que valen las palabras que me oyes y que te oigo, esas que no se pueden guardar”.

La distinción más importante sigue siendo entre la familia y amigos y las cuestiones públicas, más graves. Entre las primeras unas cartas oscilan entre el diario íntimo (dirigido a Margarita Bonmatí o a Katherine Whitmore) y el libro de viajes, y todas modifican su tono en función del destinatario. Se basan en la

<sup>4</sup> Agradezco a Claudio Guillén el proporcionarme copia de esta carta.

descripción y en la curiosidad. Fruto de una separación forzosa: el tiempo del noviazgo o del amorío, los veranos en Santander o en Madrid antes de la guerra; desde Wellesley y Middlebury, durante un largo curso académico en 1936-37, o los veranos de California y Méjico. Merece mención especial la visita triunfal que hizo a Colombia, Perú y Ecuador en 1947. Todas esas series de cartas quedan unidas por un apunte delicado de la realidad circundante, en el que expresa su sorpresa, siempre atento a los detalles ínfimos y a lo cómico en la vida cotidiana. En algunas de estas domina también el consejo paternal. En las dirigidas solo a Margarita Bonmatí o a Katherine Whitmore, de una delicadeza extraordinaria, destaca la confidencialidad, la exploración de la relación amorosa.

Otro grupo importante lo forman aquellas series de cartas dirigidas a amigos. Sorprende desde la variedad de tratamientos (de usted con Américo Castro, el tuteo después de algún tiempo con Amado Alonso), hasta la reincidencia de temas, actitudes y obsesiones: la crítica de lo americano, las quejas amargas sobre la situación editorial personal. Quejas –planto, las llamaba– que resuelve con salidas humorísticas: “De Losada nada te quiero decir. Se empeñan en ser mis editores póstumos, sin duda para la explotación adecuada” [a Amado Alonso, 15 de enero de 1948] (Salinas 2007b: 1215). O en otra ocasión, en carta a J. Ferrater Mora, escribe: “a medida que mis ganas de escribir medran, las dificultades de editar acrecen en la misma proporción. De suerte, que como si no escribiera. [...] Parece que falta papel; dicen. Total, habrá que volver al pergamino”. [11 de enero de 1951] (Salinas 2007b: 1413). Hay también ensayos en potencia. Es el caso de la carta usada como banco de pruebas que pueden desembocar en el ensayo, estrictamente literario, o bien el más puro, los de *El defensor*. Le sorprende la monotonía de Norteamérica, como le cuenta a Margarita:

La ‘party’ corriente en América, con las mismas cosas de comer, de hablar y de pensar. Es curiosa la terrible monotonía de este país. [...] Yo creo que son dos los factores que han planchado, por decirlo así, a América. [...] Uno la educación, otro el comercio e industria. [...] Pienso mucho, por ejemplo, en las cosas de pastelería y dulcería de España. ¡Qué delicia! Cambiar de región, de ciudad, a veces de pueblo, era encontrar una cosa nueva, típica y original. Cada tierra tenía su gracia, su sello que se notaba hasta en eso. Aquí, hija mía, el ‘apple pie’ horroroso es el único dulce que se te sirve de Norte a Sur y Este a Oeste [29 de julio de 1941] (Salinas 2007b: 912).

En una carta a Margarita de 1939, después de una visita al *Grand Canyon*, efectúa una digresión sobre el turismo:

Sabes, he descubierto que el turismo tiene tres grados, de menos a más. El primero, y elemental, es ver. La mayoría de los turistas ven, nada más. Ven lo que les enseñan, sin voluntad, porque se lo ponen delante, si escoger ni diferenciar. El segundo grado es mirar: ya en mirar hay elección, y más actividad; se mira lo que uno prefiere e implica cierta personalidad e iniciativa. El turista decente ve todo, pero escoge y sólo mira a ciertas cosas. Y se llega al tercer grado: contemplar. Eso es lo supremo: una vez escogido lo que nos llama más la atención al corazón, se lo contempla es decir se fija la vista en ello, se pone en la vista la voluntad de penetrarlo con el alma, y así va uno apoderándose de ello. Es el grado supremo, porque al llegar a él el turismo queda abolido: ya no se anda, no nos movemos. Plus de tours! El verdadero turismo conduce a la contemplación, ¿no te parece? A pararse, a no andar más. ¡Jardines de Granada! [17 de junio 1939] (Salinas 2007b: 737).

En otras ocasiones leemos opiniones literarias “sinceras”, puesto que no están escudadas tras la firma y presentadas en papel impreso. Son críticas memorables como las opiniones que vierte sobre *Cántico* de Jorge Guillén o el *Diccionario de Filosofía* de Ferrater Mora. A veces plantea pequeñas declaraciones de principios. Una, por ejemplo, explica desde dentro el giro y motivaciones de su actividad ensayística última:

“desde que estoy aquí” –le decía a Amado Alonso el 2 de abril de 1948– “le voy tomando inquina creciente a eso que llaman estas gentes scholarship, y que –aparte de su más grave defecto, que es el interno, claro– consiste en rehuir todo acento personal y escribir pedestremente. Yo, dentro de la modestia que mi capacidad impone a mis aspiraciones, quiero ser cada día menos propenso a la scholarship y más adicto al escribir: ser escritor, sencillamente” (Salinas 2007b: 1226).

En estas cartas de registro familiar y amistoso, la nota jocosa y cómica es dominante. La presencia del humor se combina con lo afectivo. Eso, que es tan característico de su poesía, alcanza aquí extremos considerables, al perder el control del papel impreso. Como ha indicado Stixrude: “Las ingeniosidades verbales, los juegos de palabras, las difíciles paradojas que caracterizan tanto la poesía de Pedro Salinas, son productos de un espíritu esencialmente irónico, hondamente serio” (1989: 21). Muchas de las cartas de Salinas se acercan a la tertulia. Renato Poggioli fue quien indicó con precisión la conexión entre carta y tertulia: “Per un delicato scrupolo morale, per un pudico decoro, per la venerazione in cui teneva le lettere e la stessa scrittura, Salinas dava libero sfogo ai capricci e ai rabeschi della sua fantasia solo nelle forme espressive che tengono più dell'improvvisazio-

ne che della composizione” (1957: 9). Aquí hay espacio para que pueda apuntar desde el chascarrillo hasta la anécdota más completa, que da lugar a una pequeña narración, a partir de un registro oral, que prima el diálogo rápido y sincopado, que favorece el genio cómico y satírico, el estilo lacónico y epigramático. Buen ejemplo serían los juegos de palabras que se permitía con su particular apropiación del inglés: “Ah, he descubierto que hay un pueblo en Wisconsin (lo leí en el diario, dando cuenta de un milagro que allí ocurrió) llamado NECEDAH. ¡Sin comentarios!” [a Solita Salinas y Juan Marichal, 19 junio 1950] (Salinas 2007b: 1366). Estas anotaciones le permiten introducir un tema recurrente en su epistolario norteamericano, el desencaje respecto de aquella sociedad en la que vivía exiliado. Un tipo de sentimiento compartido por muchos otros refugiados. En su caso podía ser más agudo porque no tenía una solución posible.

En el segundo grupo de la correspondencia de Salinas reconocemos las misivas de tono más “oficial”, en las que resuelve sus “negocios”: asuntos profesionales de la Universidad, o sus relaciones con el mundo editorial. Sorprende en gran manera el comprobar que las dirigidas al mentor de sus primeros pasos literarios, Juan Ramón Jiménez, se inscriben sin ningún reparo en esta categoría de carta distante, formal. También pueden incluirse las cartas “abiertas”, más próximas a la epístola clásica. Son buenos ejemplos las que escribió al *New York Times* (en protesta por falsas informaciones sobre la guerra civil), a la *Hispanic Review* (por una crítica que él consideraba injusta a su *Reality and the Poet in Spanish Poetry*), o a periódicos de México y España. Con motivo del centenario del nacimiento de Cervantes, en 1947, se despacha con una “Carta abierta” que publica en *Las Españas*, en la que reclama una edición crítica del *Quijote* como una empresa americana: “Nuestro íntimo deseo –por lo menos el mío– es que cuando volvamos a una España digna y libre, llevemos entre las manos ese Quijote, hecho aquí, en América, por hermanada colaboración de americanos y españoles, para ofrecérselo al pueblo español, de quien es, en sus raíces” (Salinas 2007a: 1150). Mención especial merecen los principios y finales de cartas. Es el dominio de la *captatio benevolentiae*, limitando casi con la hipérbole. En las despedidas era un maestro consumado, explotando a conciencia las posibilidades que le ofrecía la retórica: “Adiós, guapos. Sed buenos, escribidme, trabajad y jugad bien. Os abrazo con mamá y sin mamá y a mamá con vosotros y sin vosotros” (Carta a Solita y Jaime 22/III/1937).

El cultivo de la epístola por parte de Guillén y Salinas responde a una necesidad perentoria, instigados por unas ganas de comunicación y de volcarse al exterior, de conectar con los amigos dispersos. También de reflexionar a fondo sobre (su) literatura. Las cartas de Pedro Salinas, según hemos visto, son de una gran



variedad, pero mantienen una unidad dentro de la diferencia bien característica. Son notables por la combinación y manipulación de registros, así como por su función estricta de registro: el recuerdo para el futuro de eventos acaecidos. La capacidad de fijar, desde la intimidad de la comunicación entre dos, cosas dichas y sentidas. Estos textos nos presentan a un Salinas, curioso y de gran vitalidad, con un corrosivo sentido del humor, que resulta complementario de los registros ya conocidos. Las de Guillén a su mujer contienen momentos de gran clarividencia como cuando escribe: “La date de mon mariage, ce sera la date de ma naissance, de ma vraie naissance” (425). Y así fue: allí nació un gran poeta. Confirma este epistolario la deuda de amor de tantos poemas, la fidelidad a una relación: “Quand j’écris quelque chose –même peu de chose– je suis tranquille et content, non de la page écrite, mais d’avoir écrit, non de cette oeuvre mais de l’*Oeuvre*” (337). La escritura de ambos, epistolar, en prosa, o poética, se suma a un proyecto mayor, literario y vital. Son testimonio de un momento de gran actividad literaria, en España y en el exilio. Si Salinas expresa un “perfecto *siempre*”, Guillén se acerca a un “auténtico temblor humano”.

## Bibliografía citada

- ALTMAN, JANET G. (1982), *Epistolarity: Approaches to a Form*, Columbus, Ohio, Ohio State U.P.
- DÍAZ DE CASTRO, FRANCISCO (1998), “La autobiografía del 27: los epistolarios”, *Montea-gudo*, 3: 13-36.
- GUILLÉN, CLAUDIO (1986), “Notes toward the Study of the Renaissance Letter”, *Renaissance Genres. Essays on Theory, History and Interpretation*, ed. Barbara Kiefer Lewalski. Cambridge, Mass., Harvard U.P.: 70-101.
- GUILLÉN, JORGE (2010), *Cartas a Germaine (1919-1935)*, ed. Margarita Ramírez, Barcelona, Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg.
- , (1976), “Elogio de Pedro Salinas”, *Pedro Salinas*, ed. Andrew Debicki, Madrid, Taurus: 31.
- POGGIOLI, RENATO (1957), “Ricordo di Pedro Salinas”, Pedro Salinas, *Volverse sombra y otros poemas*, Milano, All’insegna del pesce d’oro: 714.
- PROUST, MARCEL (1971-1993), *Correspondance*, Paris, Plon.
- , (2004), *Lettres*, Paris, Plon.

- SALINAS, PEDRO (2002), *Cartas a Katherine Whitmore. (1932-1947)*, ed. Enric Bou, Barcelona: Editorial Tusquets.
- , (2007a), *Ensayos Completos. Obras completas II*, ed. Enric Bou y Andrés Soria Olmedo, Madrid, Cátedra.
- , (2007b), *Epistolario. Obras completas III*, ed. Enric Bou y Andrés Soria Olmedo, Madrid, Cátedra.
- SALINAS, PEDRO; GUILLÉN, JORGE (1992), *Correspondencia (1923-1951)*, ed. Andrés Soria Olmedo, Barcelona, Tusquets.
- STIXRUDE, DAVID L. (1989), “Introducción”, Pedro Salinas, *Aventura poética*, Madrid, Cátedra: 15-58.